

clemencia, á la bondad ó á la religión. Su carácter ha de tener la ductilidad conveniente para plegarse á las condiciones que los cambios de fortuna le impongan, y, segun ya he dicho, mientras pueda ser bueno, no dejar de serlo; pero sí en los casos de imperiosa necesidad. Debe también cuidar el príncipe de que no salga frase de su boca que no esté impregnada en las referidas cinco cualidades, y que en cuanto se le vea y se le oiga parezca piadoso, leal, íntegro, compasivo y religioso. Esta última es la cualidad que conviene más aparentar, pues generalmente los hombres juzgan más por los ojos que por los demás sentidos, y pudiendo ver todos, pocos comprenden bien lo que ven. Todos verán lo que aparentas, pocos sabrán lo que eres, y estos pocos no se atreverán á ponerse en contra de la inmensa mayoría, que tiene de su parte la fuerza oficial del Estado. De las intenciones de los hombres, y más aun de las de los príncipes, como no pueden someterse á apreciación de tribunales, hay que juzgar por los resultados. Cuanto haga un príncipe por conservar su poder y la integridad de sus Estados se considerará honroso y lo alabarán todos, porque el vulgo se deja guiar por las apariencias y sólo juzga por los acontecimientos; y como casi todo el mundo es vulgo, la opinión de los pocos que no forman parte de él sólo se tiene en cuenta cuando falta base á la opinión vulgar.

Algún príncipe de los actuales que no conviene nombrar, predica continuamente paz y lealtad, y no hay mayor enemigo de ambas cosas; tanto que, de haberlas respetado, ya en muchas ocasiones hubiese perdido su reputación y sus Estados.

## CAPÍTULO XIX

*El príncipe debe evitar que se le menosprecie y se le aborrezca.*

Después de hablar de cada una de las principales cualidades que debe tener un príncipe, trataré en conjunto y brevemente de las demás antes enumeradas, repitiendo que sobre todo debe evitar hacerse odioso y despreciable. Siempre que lo consiga, ningún daño le ocasionarán defectos de otra índole. Le harán odioso, como ya dije, la rapacidad y los atropellos contra los bienes de sus súbditos y el honor de las mujeres, de lo cual debe abstenerse. Siempre que respete los bienes y el honor de la generalidad de los gobernados, vivirán éstos contentos y sólo tendrá que luchar contra la ambición de unos cuantos, á quienes de varios modos y sin dificultad se les refrena.

También le hace despreciable el ser voluble, ligero, afeminado, pusilánime é irresoluto, defectos de que debe guardarse como de un escollo, procurando que en sus actos se note grandeza, valor, gravedad y fortaleza. En la resolución de los asuntos privados procurará que sus fallos sean irrevocables, conservando su prestigio de modo que nadie se crea capaz de engañarle ó hacerle variar de opinión. El príncipe que así obre logrará justa fama, y contra los que la tienen, difícil es que se conspire y aun más difícil atacarle cuando se sabe que es excelente y querido de sus súbditos.

El príncipe debe temer siempre dificultades de dos clases, interiores unas y exteriores otras; relativas á sus súbditos y referentes á los potentados extranjeros. De estos últimos podrá defenderse con buenas tropas

y buenas alianzas, y mientras tenga buen ejército tendrá buenos aliados. El orden interior permanecerá inalterable mientras no haya peligros exteriores, salvo el caso de que lo perturbe alguna conjuración. Aun en el de ataque exterior, siempre que esté preparado y dispuesto á la defensa, como antes dije, y no prescinda de las reglas dadas, rechazará el ímpetu del enemigo, como lo rechazó el espartano Nabis.

En cuanto á los asuntos interiores, cuando no existen cuestiones con el extranjero, debe precaverse el príncipe contra los que secretamente conjuran. La mejor precaución consistirá en evitar que le odien y le desprecien, teniendo al pueblo satisfecho de su gobierno, lo cual es indispensable, según ya hemos explicado extensamente. Uno de los más eficaces medios contra las conspiraciones será el de que el pueblo no odie ni desprecie al príncipe; porque siempre cuentan los conjurados con que la muerte de éste satisfaga al pueblo. Si falta base á esta creencia, son los conspiradores más irresolutos, pues en tal caso aumentan las infinitas dificultades de toda conjuración.

La experiencia demuestra que son muchas las conspiraciones y pocas las que realizan su objeto, porque el conjurado no ha de ser solo, ni ha de conspirar sino con los que crea descontentos; y tan pronto como á uno de éstos descubres tu intención, le das pie para contentarse; pues, con denunciarte, puede esperar toda clase de recompensas. Viendo de una parte la ganancia segura y de otra las dudas y los peligros, preciso es que aquel á quien confías tu secreto sea grandísimo amigo tuyo ú obstinado enemigo del príncipe, para que lo guarde.

Reduciendo la cuestión á breves términos, digo que de parte del conjurado está el miedo, los celos, el temor al castigo que le asusta, y de la del príncipe la majestad del gobierno, las leyes, los amigos y los funcio-

narios que le defienden. Añadiéndose á estos elementos de defensa el de la popularidad del soberano, imposible es que haya alguno tan temerario que conspire; pues si de ordinario el temor del conspirador es mientras prepara el golpe, en este caso más debe temer después de darlo, pues la indignación del pueblo le privaría de refugio y de medios de salvarse.

De este asunto podría citar infinitos ejemplos, pero sólo presentaré uno que han presenciado nuestros padres. Annibal Bentivoglio, abuelo del actual Annibal, era príncipe de Bolonia y fué asesinado por los Canneschi, que conspiraban contra él, quedando como sucesor suyo Juan Bentivoglio, que aun estaba en mantillas. Inmediatamente después de este asesinato se sublevó el pueblo y mató á todos los Canneschi. La popularidad que entonces tenían en Bolonia los Bentivogli produjo este resultado; y el cariño del pueblo era tan grande, que, muerto Annibal sin dejar quien pudiera sucederle en el gobierno y sabiéndose que vivía en Florencia un hijo natural del príncipe asesinado, y que estaba en casa de un artesano como hijo de éste, vino una comisión de boloñeses á Florencia, lo llevó á Bolonia y le dió el mando de la ciudad, administrándola hasta que Juan Bentivoglio estuvo en edad de encargarse del poder.

Deduzco de esto que el príncipe debe cuidarse poco, cuando sea popular, de las conspiraciones; pero si en vez de afecto inspira odio al pueblo, todas las cosas y todos los súbditos son temibles. Los gobiernos bien organizados y los príncipes sabios atenderán con la mayor diligencia á no desesperar á los nobles y á satisfacer al pueblo, teniéndolo contento. Este es uno de los principales asuntos á que deben dedicarse.

Entre los reinos bien organizados y gobernados actualmente figura el de Francia, donde hay muchas ins-

tituciones buenas que garantizan la libertad y seguridad del Rey. La primera es el Parlamento, con grandes facultades. Conocían los que organizaron el reino la ambición y la audacia de los poderosos y juzgaron necesario establecer algo que las refrenara: por otra parte, sabían la malquerencia del pueblo á los grandes, fundada en el temor que le inspiran, y procuraron dominarla, sin que el cuidado de contener las extralimitaciones de ambas clases estuviera á cargo del Rey, para evitarle disgustos con los grandes, si favorecía al pueblo, y con éste si se inclinaba en favor de los nobles. Al efecto, constituyeron un tercer poder que, sin responsabilidad para el Rey, reprimiera á los poderosos y defendiera á los débiles. Esta organización es excelente, prudentísima y por demás útil para la seguridad del rey y del reino.

De esto se deduce otro precepto, el de que los príncipes deben dejar á cargo de otros la imposición de obligaciones, cargas y castigos, reservándose la concesión de gracias y mercedes.

Repito, pues, que el príncipe debe tratar con consideración á los grandes, pero no procurarse la malquerencia del pueblo. Acaso parezca á algunos que la vida y muerte de muchos emperadores romanos son ejemplos contrarios á mi opinión, pues los hubo entre ellos de excelentes costumbres y gran valor que perdieron el imperio y la existencia á manos de conspiradores. Para responder á esta objeción examinaré las cualidades de algunos emperadores, explicando las causas de su ruina, conformes con las que he aducido anteriormente, y de paso haré algunas consideraciones acerca de hechos y cosas notables de aquellos tiempos.

Hablaré sólo de los emperadores que hubo desde Marco Aurelio, el filósofo, hasta Maximino, á saber: Marco Aurelio, su hijo Cómodo, Pertinax, Juliano,

Severo, Antonino Caracalla, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino. Primeramente hay que advertir que mientras en los otros principados sólo se lucha contra la ambición de los poderosos y las osadías de los pueblos, los emperadores romanos luchaban además con una tercera dificultad, la de sufrir la crueldad y avaricia de los soldados. Era esto tan difícil, que ocasionó la ruina de muchos de ellos á causa de la imposibilidad de satisfacer á los soldados y á los pueblos; porque éstos aman la tranquilidad, y, por tanto, á los príncipes modestos, y los soldados deseaban príncipes belicosos, insolentes, crueles y rapaces, condiciones que querían ejercitaran contra los pueblos para cobrar doble sueldo y satisfacer su avaricia y crueldad. De aquí procedía que los emperadores á quienes no había dado la naturaleza ó no supieron adquirir las cualidades necesarias para enfrenar á los soldados y á los pueblos, siempre sucumbieron, y la mayoría de ellos, especialmente los que de simples particulares llegaban á ser emperadores, al comprender la dificultad de armonizar los opuestos intereses de la milicia y de la clase popular, satisfacían á los soldados, importándoles poco maltratar á los pueblos. Esta determinación era indispensable porque, no pudiendo librarse los príncipes de que algunos les odien, en su interés está procurar que sean los menos, y, en todo caso, los menos armados. Así, pues, los emperadores que por ser hombres nuevos necesitaban más eficaz apoyo, lo buscaban mejor en los soldados que en los pueblos, cosa que les resultaba útil ó perjudicial, según sabían mantener su reputación con ellos.

Por tales motivos Marco Aurelio, Pertinax y Alejandro, aficionados á la vida modesta, amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, humanos y benignos, tuvieron, á excepción del primero, triste fin. Sólo Marco

Aurelio vivió y murió honradísimo, porque, llegando al trono imperial por herencia, no tenía que recompensar este favor ni á los soldados ni á los pueblos. Además, la veneración que inspiraban sus muchas virtudes le permitió mantener en justos límites las aspiraciones de pueblos y soldados, no siendo jamás odiado ni despreciado.

Pero Pertinax fué nombrado emperador contra la voluntad de las tropas, quienes, acostumbradas á la licencia bajo el reinado de Cómodo, no podían sufrir la vida honrada á que deseaba obligarlas el nuevo emperador. Hizose, pues, odioso á los soldados, que además le despreciaban por viejo, y fracasó al empezar su reinado.

Este suceso prueba que la odiosidad se adquiere lo mismo con buenas que con malas obras, y que, como dije antes, cuando un príncipe desea conservar el poder, se ve precisado con frecuencia á no ser bueno, porque si la opinión dominante, sea del pueblo, del ejército ó de la nobleza, opinión que juzgas necesario tener de tu parte para mantener tu autoridad, está corrompida, te convendrá satisfacerla tal y como es, en cuyo caso las buenas obras te serían perjudiciales.

Vengamos á Alejandro, quien fué tan bondadoso que, entre otras alabanzas, se le tributa la de que en los catorce años que gobernó el imperio no hizo morir á ningún condenado. Sin embargo, juzgándole afeminado y hombre que se dejaba gobernar por su madre, cayó en desprecio y los soldados conspiraron contra él y le mataron.

Encontraréis, por lo contrario, al examinar las condiciones de Cómodo, de Septimio Severo, de Antonino Caracalla y de Maximino, que fueron cruelesísimos y rapacísimos, y que, por satisfacer la codicia de los soldados, no perdonaron ninguna de las injurias que contra

los pueblos pueden cometerse. Todos tuvieron mal fin á excepción de Severo, quien supo, por su valor, contar siempre con el afecto de los soldados, y aunque aumentó los gravámenes á los pueblos, reinó felizmente, porque sus excelentes cualidades hacían que le admirasen los ciudadanos y las legiones, aquéllos con verdadero asombro, éstas con la reverencia propia de quienes están satisfechos.

Como los actos de Severo fueron realmente famosos para un príncipe nuevo, cual él lo era, mostraré brevemente cómo supo usar de la astucia del zorro y de la fiera del león, condiciones que, como ya dije, necesita poseer un príncipe. Conocía Severo la cobardía del emperador Juliano, y persuadió al ejército que mandaba en Sclavonia de que era necesario ir á Roma á vengar el asesinato de Pertinax, muerto por la guardia imperial. Con tal pretexto, y sin mostrar aspiraciones al trono, puso en marcha el ejército hacia Roma, llegando á Italia antes de que se supiera su partida. Cuando estuvo en Roma, el Senado, por miedo, le eligió emperador y mandó matar á Juliano.

Para dominar todo el imperio tenía que vencer Severo dos obstáculos: uno en Asia, donde Pescenio Niger, general del ejército en aquella región, se había hecho proclamar emperador por las legiones, y otro en Occidente, donde estaba Albino ambicionando también la dignidad imperial. Juzgando peligroso combatir al mismo tiempo con ambos, determinó atacar á Niger y engañar á Albino, á quien escribió diciéndole que, proclamado emperador por el Senado, quería compartir con él dicha dignidad. Envióle al efecto el título de César y el acuerdo del Senado nombrándole colega del emperador, cosas ambas que Albino tuvo por ciertas. Pero cuando Severo venció y mató á Niger y pacificó y restableció la tranquilidad en el Oriente, volvió á Roma

y quejose en el Senado de Albino, de quien dijo que, ingrato á los beneficios recibidos de él, había procurado asesinarle á traición, siéndole preciso ir á castigar su ingratitud. Fué efectivamente en su busca á las Galias, donde le quitó el mando y la vida.

El que estudie detalladamente la historia de este emperador, verá que fué á la vez bravísimo león y astuto zorro, temido y obedecido por todos y no odiado del ejército, y comprenderá cómo, siendo un hombre nuevo, llegó á tener tan gran poder, porque su grandísima fama le defendió siempre de la malquerencia que á los pueblos pudieran inspirar sus exacciones.

Su hijo Antonino Caracalla tuvo también excelentes dotes que al principio le hicieron querido de los pueblos y grato á los soldados, porque era un verdadero militar, sufridísimo en las fatigas de la guerra, desdichoso de comidas delicadas y de toda molicie, condiciones que le hacían popular en los ejércitos. Pero su cruel ferocidad fué tan grande é inaudita, que después de mandar matar á muchos en distintas ocasiones, hizo morir á gran parte del pueblo de Roma y á todo el de Alejandria, consiguiendo que le odiase todo el mundo y que le temiesen hasta los que le rodeaban, siendo al fin asesinado por un centurión en medio de su ejército.

Este ejemplo demuestra que ningún príncipe puede evitar morir á mano armada, porque quien está resuelto á matarle y no se cuida de su propia vida puede hacerlo; pero estos peligros, por lo raros, son menos temibles. Lo que deben procurar los príncipes es no ofender gravemente á los que le sirven ó auxilian en el gobierno de su principado, como lo hizo Caracalla al mandar matar á un hermano del centurión que le asesinó, al cual, además, amenazaba todos los días teniéndole en su guardia, cosa muy expuesta á que ocurriera lo que sucedió.

Vengamos ahora á Cómodo que, por haber hereda-

do el imperio de su padre Marco Aurelio, pudo conservarlo fácilmente. Con sólo imitar la conducta de su padre, hubiera satisfecho á los pueblos y á los soldados. Pero siendo de instintos crueles y bestiales, para poder saquear impunemente á los pueblos buscó apoyo en el ejército, permitiéndole la indisciplina. Por otra parte, deshonoraba su propia dignidad bajando con frecuencia á la arena del Circo para luchar con los gladiadores, y haciendo otras muchas cosas vilísimas é indignas de la majestad imperial, por lo cual llegó á ser despreciado del ejército y odioso á los pueblos, y murió víctima de una conspiración.

Réstame sólo hablar de las cualidades de Maximino. Fué un gran guerrero, y cansado el ejército de la molicie de Alejandro, de quien antes hablamos, muerto éste, le nombró emperador. No poseyó el imperio largo tiempo, porque le hicieron odioso y despreciable dos cosas: una la bajeza de su origen, pues había sido porquero en Tracia (esto era notorio y le desconsideraba en el concepto público); otra que, tardando mucho en ir á Roma después de nombrado emperador para tomar posesión de la Sede imperial, adquirió fama de extremadamente severo á causa de las crueldades que sus prefectos hicieron en Roma y en otras partes. Indignado todo el mundo por la bajeza de su origen, é inspirando generalmente aversión y miedo por su ferocidad, Africa primero, y el Senado, el pueblo romano y toda Italia después, conspiraron contra él, en cuya conjura tomó parte su propio ejército, que sitiaba á Aquileya. Cansado éste de la duración del asedio, indignado por las crueldades del emperador y temiéndole menos á proporción que aumentaban sus enemigos, le mató.

No hablaré de Heliogábalo, ni de Maximino, ni de Juliano que, por ser completamente despreciables, desaparecieron pronto.

Para terminar este capítulo, diré que á los príncipes de nuestros tiempos no es tan indispensable como á los emperadores romanos tener satisfechos á los soldados, aunque se les deban atenciones fácilmente realizables; porque ninguno de estos príncipes tienen ejércitos con profundas raíces en el gobierno y administración de las provincias, como las tenían los del imperio romano; y aun entonces era preciso satisfacer á las tropas con preferencia á los pueblos, porque aquéllas podían más que éstos; mientras ahora necesitan los príncipes, á excepción de los soberanos de Turquía y Egipto, satisfacer más á los pueblos que al ejército, porque aquéllos pueden más que éste. Exceptúo al sultán de Turquía, que tiene junto á sí doce mil soldados de infantería y quince mil de caballería, porque de estas tropas depende la seguridad y la fuerza de su reino, y necesita conservarlas fieles á costa de cualquier sacrificio que imponga á los pueblos. De igual modo está organizado el reino de Egipto, completamente en manos del ejército, por lo cual el Soldán se ve precisado á satisfacerle por completo, sin consideración ninguna á los pueblos.

Debe advertirse que este reino del Soldán en nada se asemeja á los demás principados, pareciéndose sólo al de la Santa Sede, que no puede llamarse ni hereditario, ni nuevo, porque no suceden en la autoridad los hijos del príncipe muerto, sino el elegido por los que no ejercen la soberanía. Siendo esta organización muy antigua, no puede llamarse principado nuevo, porque no hay en ella ninguna de las dificultades que en éstos se encuentran. Si el príncipe es nuevo, el régimen del Estado es antiquísimo, y está dispuesto para que al elegido se le considere como señor hereditario.

Volviendo á nuestro asunto, digo que quien considere atentamente lo expuesto en este capítulo, verá que la

causa de la ruina de los citados emperadores romanos fué el odio ó el desprecio, y comprenderá que, siendo su respectiva conducta desemejante, á unos condujo á buen fin lo que fué fatal para otros; porque á Pertinax y Alejandro, por ser príncipes nuevos, les fué dañoso querer imitar á Marco Aurelio, que heredó el solio imperial, é igualmente lo fué á Caracalla, Cómodo y Maximino imitar á Septimio Severo sin tener sus grandes dotes. Por tanto, un príncipe nuevo en un principado no debe copiar de los actos de Severo más que lo preciso para afianzar su autoridad, y de los de Marco Aurelio los que sean convenientes y gloriosos para conservar un Estado que esté ya sólidamente constituido.

## CAPÍTULO XX

*Si las fortalezas y otras muchas cosas que hacen los príncipes son útiles ó perjudiciales.*

Para la seguridad de sus Estados unos príncipes han desarmado á sus súbditos; otros, fomentado la discordia entre las poblaciones; otros, procurádoles de intento enemigos; otros, trabajado para ganarse la voluntad de los que les parecían sospechosos al principio de su reinado; algunos han construído fortalezas, y otros han destruído las que tenían. Aunque en este asunto no se pueden dar reglas generales, debiéndose tener en cuenta la situación especial en que se encuentra cada Estado donde sea preciso tomar alguna de estas determinaciones, sin embargo, lo trataré en el sentido general que la materia requiere.

Jamás ha ocurrido que un príncipe nuevo desarme á sus súbditos; al contrario, si los encontró desarmados

los armó; porque así emplean las armas en tu favor, convirtiéndose en fieles los que eran sospechosos, aumentando la fidelidad de los que ya eran leales, y siendo todos, más que súbditos, partidarios tuyos. No es posible armar á todos los súbditos; pero, obligados al príncipe los que reciben armas, ningún temor les inspirarán los inermes. La misma distinción entre unos y otros es garantía de seguridad, pues los primeros te agradecen la preferencia y los segundos la excusan, suponiendo más mérito en los que se exponen á mayor peligro.

En cambio, cuando les desarmas empiezas á ofenderles, probándoles que desconfías de ellos, ó por cobardes, ó por desleales, y cualquiera de estas dos suposiciones ocasionan malquerencia contra ti. Además, no siendo posible que estés desarmado, acudes á la milicia mercenaria, cuyas condiciones repetidamente hemos dicho, milicia que, aun siendo buena, no lo será tanto que pueda defenderte á la vez de enemigos poderosos y de súbditos de sospechosa fidelidad.

He dicho que los príncipes nuevos procuran siempre armar sus súbditos, y de ejemplos de esta clase está llena la historia. Pero el que conquista un nuevo Estado para unirlo á otro que de antiguo posee, debe desarmar el adquirido, exceptuando solamente á los que, durante la conquista, se hayan declarado en su favor. Aun á éstos conviene debilitarles poco á poco, aprovechando las ocasiones y arreglando las cosas de suerte que la fuerza armada sea únicamente la del antiguo Estado.

Acostumbraban á decir aquellos de nuestros antecesores más reputados por su sabiduría, que era necesario para conservar el dominio de Pistoya fomentar las divisiones entre sus habitantes, y para dominar á Pisa las fortalezas. Conforme á esta doctrina alimentaban

las discordias en las ciudades para sujetarlas más fácilmente; lo cual podía ser bueno en aquellos tiempos por el estado de fluctuación en que se encontraban todas las cosas en Italia; pero no creo que pueda recomendarse hoy como precepto, porque, en mi opinión, las discordias en los pueblos no ocasionan beneficio alguno; al contrario, las ciudades donde haya bandos se perderán inmediatamente que el enemigo se acerque á ellas, porque el partido más débil buscará apoyo en la fuerza enemiga, y el más fuerte no podrá en tal caso contrarrestarla.

Siguiendo, según creo, los venecianos la citada máxima, alimentaban en las ciudades de sus dominios las rivalidades de las facciones güelfa y gibelina, y aunque no les permitían llegar á las manos, procuraban entretener á los ciudadanos con estas discordias para que no pensarán en algo perjudicial á los dominadores. Los hechos, sin embargo, les probaron que nada iban ganando con ello, porque, derrotados en Vaila, uno de los bandos adquirió inmediatamente tal preponderancia, que quitó á Venecia todas sus posesiones de tierra firme.

Arguye, pues, tal política debilidad en el príncipe, pues en un Estado fuerte jamás se permitirán tales divisiones, aprovechables sólo en tiempo de paz, por la facilidad con que, mediante ellas, pueden ser gobernados los súbditos; pero peligrosísimas en el de guerra.

La fama de los príncipes aumenta, sin duda, cuando vencen los obstáculos y las contrariedades que se les crean, y por ello la fortuna, cuando quiere dar reputación á un príncipe nuevo, por necesitarla más que uno hereditario, le crea enemigos y le obliga á luchar con ellos, á fin de que tenga ocasión de vencerlos, y subir por la misma escala que ponen á su disposición sus adversarios al más alto grado del poder. Por esto creen

muchos que un príncipe sabio, siempre que la ocasión sea propicia, debe procurarse astutamente algunos enemigos para aumentar su crédito y grandeza, veniéndolos.

Los príncipes, especialmente los nuevos, suelen encontrar más fidelidad y mayor celo en los que, al comenzar el reinado, son tenidos por sospechosos, que en aquellos que les inspiraban mayor confianza. Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, prefería para regir su Estado á los que le habían sido sospechosos. Pero es difícil dar reglas generales en un asunto que varía según las circunstancias; sólo diré que los hombres enemigos del príncipe, al empezar un reinado, si no pueden vivir sin su apoyo, con grandísima facilidad podrá ganarlos, sirviéndole con tanta mayor fidelidad cuanto más comprendan la precisión de borrar con sus actos la desconfianza que inspiraban. De esta suerte sacaré de ellos el príncipe mayor utilidad que de aquellos en quienes haya tenido siempre gran confianza, y que, por lo mismo, se cuiden poco de su servicio.

Porque la materia lo requiere, no olvidaré recordar á los príncipes que se apoderan de un Estado nuevo, mediante el apoyo de algunos de sus habitantes, que estudie bien los motivos impulsores de los que le han hecho este favor, y si no consistieran en afecto natural, sino en su disgusto por el régimen imperante en el Estado, difícilmente podrá conservar su amistad, porque es casi imposible que les satisfaga. Teniendo en cuenta numerosos ejemplos antiguos y modernos, resulta que es mucho más fácil ganarse el afecto de los que estaban satisfechos con el régimen anterior, y, por tanto, eran enemigos del príncipe nuevo, que el de los que, por no contentarse con dicho régimen, se convirtieron en sus secuaces y le ayudaron á la conquista.

Es costumbre de los príncipes, para conservar con

mayor seguridad sus Estados, edificar en ellos fortalezas que sirvan para contener y refrenar á los que intentaran algo contra ellos, y de refugio eficaz en el primer ataque. Alabo el procedimiento, porque se usaba antiguamente; sin embargo, en nuestros días se ha visto á Nicolás Vitelli demoler dos fortalezas en Ciudad del Castillo para asegurar su dominio. Guido de Ubaldo, duque de Urbino, al volver al Ducado de donde le había expulsado César Borja, destruyó hasta los cimientos todas las fortalezas, por creer que sin ellas le sería más difícil perderlo de nuevo. Lo mismo hicieron los Bentivogli al volver á Bolonia. Son, pues, las fortalezas útiles ó no, según los tiempos, y si por una parte favorecen, por otra te perjudican. La regla que puede darse consiste en que, si el príncipe tiene más miedo á sus pueblos que á los extranjeros, debe edificar fortalezas; pero si teme más á los extranjeros que á sus súbditos, le conviene prescindir de ellas.

A los Sforza ha causado y causará más perjuicio el castillo de Milán, construído por Francisco Sforza, que cuantos desórdenes han ocurrido en aquel Estado. La mejor fortaleza es el afecto de los pueblos, porque por muchas que tengas, no te salvarán si te odian tus súbditos, que nunca faltan á los pueblos, cuando se sublevan, extranjeros que les socorran.

En nuestros tiempos no se sabe que las fortalezas hayan sido útiles á ningún príncipe, si se exceptúa á la condesa de Forlì cuando mataron á su esposo el conde Jerónimo, pues gracias á ella pudo librarse de los sublevados y esperar el socorro de Milán para recobrar su Estado. Sucedió así, porque aquellos momentos no eran propicios para que algún extranjero se atreviera á socorrer al pueblo insurreccionado. Pero de poco le valió después cuando César Borja invadió su condado y el pueblo, que no la quería, se unió al invasor. Antes



y después le hubiera sido de mayor seguridad el cariño del pueblo que la fortaleza.

En resumen: creo dignos de elogio lo mismo los que hacen fortalezas que los que no las hacen, y de censura los que, fiando en ellas, tengan en poco el afecto de los pueblos.

## CAPÍTULO XXI

*Qué debe hacer un príncipe para adquirir buena fama.*

Lo que más contribuye á la estimación de un príncipe son las grandes empresas y los extraordinarios ejemplos de su mérito. Tenemos en nuestros tiempos á Fernando, rey de Aragón y actual rey de España, al cual se le puede llamar príncipe nuevo, porque, de monarca de un Estado pequeño, ha llegado á ser, por la fama de sus gloriosas empresas, el primer rey de la cristiandad. Si se consideran sus acciones, veráse que todas son grandísimas y alguna extraordinaria.

Al principio de su reinado conquistó á Granada, y esta empresa fué la base de su poder. Hizo la conquista sin temor ni sospecha de que alguien pudiera impedirle: distrajo con ella los ánimos de los nobles castellanos, que, pensando en dicha guerra, no intentaban novedades políticas, y mientras tanto el rey iba acrecentando su autoridad á costa de los magnates, sin que éstos se dieran cuenta de ello. Con el dinero de la Iglesia y de los pueblos mantuvo el ejército, y aquella larga guerra sirvió de escuela práctica á sus soldados, que posteriormente le han hecho tan glorioso.

Para poder acometer después mayores empresas, sirviéndose siempre de la religión, cometió la piadosa

crueldad de expoliar y expulsar de España á los judíos; ejemplo rarísimo y verdaderamente admirable. Con igual pretexto invadió el África, realizó la empresa de Italia, y últimamente ha atacado á Francia, ejecutando siempre cosas grandes que tienen constantemente suspensos y admirados los ánimos de sus súbditos, quienes, preocupados con las eventualidades de tales empresas, no les queda tiempo para intentar nada contra el Rey, porque unas á otras se suceden sin interrupción.

También aprovecha al príncipe dar raros y buenos ejemplos en la gobernación interior del principado (como los que se cuentan de Bernabé Visconti, duque de Milán), siempre que se presente ocasión de premiar ó castigar de un modo extraordinario á quien haya ejecutado algún acto digno de singular alabanza ó vituperio, y el premio ó castigo sea de tal índole que deje memoria. Los príncipes procurarán, por consiguiente, que todas sus acciones resulten grandes y famosas.

Merece también aprecio un príncipe cuando es verdadero amigo ó verdadero enemigo, es decir, cuando sin reparo alguno se muestra favorable ó contrario á alguien; determinación mucho más útil que la de permanecer neutral, porque si dos príncipes poderosos, vecinos tuyos, llegan á las manos, hay que tener en cuenta si el vencedor te puede ó no causar daño. En cualquiera de ambos casos te será siempre útil tomar partido por alguno de ellos é intervenir en la guerra, pues en el primero, si permaneces neutral, serás siempre presa del vencedor con satisfacción y alegría del vencido, y sin que puedas alegar razón alguna que justifique tu conducta y que te defienda del conquistador; porque quien vence no quiere amigos sospechosos que dejen de ayudarle en la adversidad, y el que pierde rechazará tu amistad, por no haber querido protegerle con las armas durante la lucha.

Fué Antíoco á Grecia, llamado por los etolios para expulsar á los romanos, y envió embajadores á los aqueos, que eran aliados de Roma, para pedirles que permanecieran neutrales. Por su parte, los romanos les aconsejaban que empuñaran las armas en su favor. Reunidos en asamblea los aqueos y recomendándoles los representantes de Antíoco la neutralidad, respondió el legado romano: «En cuanto á lo que se dice de ser excelente y utilísimo á vuestra nación no mezclaros en nuestra guerra, nada es más perjudicial, pues no tomando partido en ella seréis, sin consideración ni respeto alguno, premio del vencedor.»

Quien no sea tu amigo te aconsejará siempre la neutralidad, y quien lo sea te pedirá la intervención en la lucha. Los príncipes irresolutos, para esquivar el peligro inmediato, prefieren las más veces ser neutrales, y se pierden. Al contrario: cuando te declares animosamente en favor de uno de los combatientes, si aquel de quien eres aliado vence, aunque sea poderoso y quedas á su discreción, te está obligado y será tu amigo; no siendo los hombres tan indignos que al ejemplo de tu lealtad contesten con la ingratitud de la opresión. Además, las victorias no son jamás tan decisivas que pueda prescindir el vencedor de todo respeto, especialmente á la justicia. Si el auxiliado por tí pierde en la lucha, queda aliado tuyo; mientras él puede te ayuda, y te conviertes en compañero de su fortuna, que puede cambiar.

En el segundo caso, cuando los combatientes son de tal condición que no puede inspirarte temor el que venza, la prudencia aconseja también que te alíes á uno de ellos, porque causarás la ruina del otro con ayuda de quien, si fuera sabio, debería salvarlo, y el vencedor mismo queda igualmente á disposición tuya que, con tu auxilio, de seguro triunfa.

Obsérvese, pues, que ningún príncipe debe aliarse á otro más poderoso para atacar á un tercero, sino en caso de absoluta necesidad, porque, venciendo, queda á su discreción, cosa que todos deben evitar en cuanto les sea posible. Los venecianos se aliaron á Francia contra el duque de Milán, cuando podían prescindir de esta alianza, que fué su ruina. Pero si no se puede evitar, como sucedió á los florentinos en la época en que el Papa y España enviaron sus ejércitos á invadir la Lombardía, debe el príncipe pactar la alianza, por las razones antes expresadas.

No espere ningún Estado tomar en este punto determinación segura, sino muy dudosa, porque en el orden natural de las cosas está que no se procure evitar un inconveniente sin incurrir en otro; pero la prudencia consiste en saberlos distinguir y adoptar como bueno el menos malo.

También debe el príncipe mostrarse amante de la virtud, honrar á los que sobresalen en cualquier arte, alentar á sus conciudadanos á que ejerzan tranquilamente sus profesiones y oficios, lo mismo en el comercio que en la agricultura, y en todas las demás ocupaciones á que los hombres se dedican, para que no se abstengan unos de mejorar sus fincas por temor á que se las quiten, y otros de abrir nuevas vías al comercio por miedo á los impuestos; muy al contrario, premiará á los que tales cosas quieran realizar, y á cuantos por cualquier camino proyecten el engrandecimiento de su ciudad ó de su Estado.

Debe, además, en épocas convenientes del año distraer á los pueblos con fiestas y espectáculos, y como los pobladores de todas las ciudades se dividen en gremios de artes y oficios, cuidará de acudir alguna vez á sus juntas y reuniones y de unirse á ellos, dando ejemplos de bondad y de magnificencia; sin rebajar en nin-